

# Dante Alighieri: su Vida y su Obra

"Dante es, por una parte, el hombre que ha mirado mejor las formas de las cosas".— Ortega y Gasset.

Por José León Barandiarán (1)

## LA VIDA

Durante Alighieri, más tarde conocido como Dante Alighieri, nació a fines de Mayo de 1265 en "la bellísima y famosísima hija de Roma", como es llamada Florencia en El Convivio. Apolo corrió presuroso a su cuna para ponerle bajo su padrinzgo. Y, parafraseando a Darío, podría decirse que la sombra lejana de Virgilio aplaudía. Porque Dante nació para ser poeta. No lo podemos concebir sino como tal. Claro que podría especularse en cuanto a cómo su misma vida contribuyó a su obra, pensándose que si no hubiese acaecido el exilio y se hubiese dedicado Dante por ejemplo, a la política, dentro de las turbulencias de ese tiempo en la ciudad del Darno, no hubiera podido producir, acaso, una obra literaria con la magnitud como la que realizara. Pero no es del caso ahora hacer tales mementos. Lo cierto es que Dante dotado de extraordinario plectre de poeta, tenía que serlo por vocación, entendida ésta, como se sabe, en cuanto llamado existencial, que en tal virtud viene a imponerse en el sujeto, aunque al propio tiempo sea por éste aceptado gustosamente el quehacer fundamental que dicha vocación exige.

Poco se sabe sobre su familia, inclusive casi nada sobre sus progenitores. Murieron cuando Dante era un niño y él no dejó referencia sobre ellos. La indicación de índole ancestral se halla en el Paraíso, cuando el vate se encuentra con su tatarabuelo, Cacciaguida, y aquél se vanagloria de tan ilustre ascendiente y éste se complace en ver al tataranieto. "Hoja de mi árbol, cuánto tiempo ansiosa mi alma esperó; yo he sido tu raíz". Aquí se echa de ver el narcisismo que ofrece el carácter de Dante; aquél, sobre todo, se manifiesta en cuanto a la estimación de su misma obra, de lo cual hay varias demostraciones.

---

(1) Catedrático titular de Derecho Civil en la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica, el Doctor José León Barandiarán ha sido Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Decano de su Facultad de Derecho. Ex-Ministro de Justicia y Trabajo. Ex-Decano del Colegio de Abogados de Lima y ex-Presidente de la Comisión Internacional de Juristas (Sección Peruana).

Lo cierto es que en el trescientos, es decir, cuando naciera Dante, el apellido Alighieri no se ofrecía como notable en Florencia. Era como si el destino hubiera querido hacer que tal apellido sólo resultara famoso con él, con Dante, y que con él concluyese esa fama.

Poco se sabe de su infancia, pues el encuentro con Beatriz, que vino a ser la mujer idílica, cuando Dante tiene nueve años, puede considerarse como el primer hecho históricamente relevante en su vida.

Según sus biografos, su primera educación la adquirió en una escuela de los Hermanos Menores del Convento de Santa Croce. Qué influencia pudo tener esta primera educación catequista en el alma del infante, es aventurado afirmarlo. Pero es de presumir que fuese como un primer punto de apoyo al sentimiento religioso que tan acendrado se mostró en la existencia del hombre. En 1234 Dante encuentra a Beatriz. Es una nueva vida para él; es un nuevo existir; es el haber descubierto insondables profundidades espirituales; es el primer amor que se presenta con el prístimo encanto de la revelación. Beatriz va a ser la mujer que inspire el gran amor de Dante, y como el pulso que haga vibrar su lira. Que Beatriz fuera mujer de existencia real verdadera, o ente de razón, no importa. De todos modos, fué objeto intencional de una íntima y ternísima poesía. Beatriz vino a ser como la encarnación viviente de Polimnia.

Parece comprobado que se trataba de Beatriz Portinari. Mas ello resulta intrascendente. Lo importante está en que el poeta la reconoció como la mujer predestinada para que le sirviera de despertadora de su numen. Pudo Beatriz no poseer los atributos que le concedió Dante; pudo en esto haber mucho de ficción. Pero lo cierto es que hay una Beatriz que ha pasado a la historia por causa de Dante. De otro modo, su nombre habría quedado en el anonimato. Es indudable que tuvo que haber un principio de conocimiento que podríamos llamar empírico. A base de él la mujer fue sublimada por la imaginación del poeta. Don Quijote se enamoró de Dulcinea y pudo decir que no importaba mayormente que en realidad existiera. El ente imaginario es siempre un ente, y no interesa desde el punto de vista de la ilusión, que el objeto supuesto no represente fielmente al objeto real. Es más: no debe representarlo. A Don Quijote se le ocurrió que una vulgar aldeana era su Dulcinea.

En 1283 se produce el segundo encuentro con Beatriz. Dante tiene dieciocho años. ¿Qué le ha sucedido entre tanto? Estudia con Brunetto Latini, quien le enseña "como el hombre puede eternizarse"; frase un tanto ambigua por lo codiciosa y que puede interpretarse como que Latini le guiara por el camino de la ciencia y le hiciera despertar su vocación literaria. En Bologna asistió a clases universitarias, al rededor de 1290.

El año 1283 es uno de singular significación. Da a conocer la producción poética "A toda alma presa de amor, a todo corazón gentil". Estuvo motivada por su segundo encuentro con Beatriz, cuando se produjo el segundo saludo. La impresión en Dante fué tan grande que necesitó como de una catarsis; y surge el antes recordado soneto. El vino a ser como la crisma de una nueva creencia y actividad en Dante; mereció ser alabado por personas dedicadas a menesteres literarios, entre ellos el ilustre y desdénoso Guido Cavalcanti. Era como una consagración, dado el prestigio de "aquel que acaso no tuviera par en Florencia", conforme al elogio de Sac-

chetti. Así nació la influencia de Calvacanti en las primeras manifestaciones poéticas de Dante, plasmadas en *Vita Nuova*, y así esa amistad entre los dos ilustres hombres, que llevó a que se hablara en el Infierno del "primero de mis amigos"; amistad que sin embargo después tanto se enfriase.

De 1283 a 1289 nada singular ocurre en el existir de Dante. Prosigue su labor poética, mientras en Florencia iban a presentarse graves dificultades políticas. Aquélla entró en conflicto con Arezzo, sobreviniendo la batalla de Capaldino, en que participa Dante, quien ya había asistido a otras operaciones contra los aretinos. No interesa a nuestro propósito referirnos a los antecedentes de la guerra. Dante, de veinticuatro años, actúa en el ejército güelfo frente a los gibelinos y ello, de todos modos, es un dato interesante en su vida (Hay quienes creen que Dante mató a Montefeltro, por inferencia extraída del Purgatorio).

Viene un período de 1290 a 1296. Las campañas militares han terminado; Florencia, empero, bulle dentro de problemas internos; Beatriz ha muerto; Dante sigue en la producción de la *Vita Nuova*. En 1295 asume un modesto cargo público. En Florencia predominan los güelfos y Dante se encuentra entre ellos. Había sobrevenido el período de las llamadas Paz del Cardenal Latino, y desde este punto de vista se diría que reinaba un relativo sosiego. Mas, tras la calma superficial se agitaban subterráneas corrientes procelosas. Lo que podía llamarse un movimiento de clase popular o media, insurgía.

Dante actúa en tales circunstancias, en la vida política. El joven temperamental que reaccionara vivamente a solicitudes existenciales, se iba a interesar en este género de actividades. Cuando pudo conseguir el ejercicio del *jus honorarium*, es elegido miembro del Consejo especial del pueblo para el semestre de Noviembre del 95 a abril del 96. Nada destacante, empero, puede anotarse sobre su actuación. A fines de 1295 integró el consejo de los sindicatos y los jefes de gremios y otros prudentes, y en 1296 el Consejo de los Cien.

No tuvo mayor relieve esta participación cívica. Viene un período nada ostensible hasta 1300, en que es nombrado Embajador de San Gimignano, y en que es elegido Prior. Son momentos difíciles en Florencia. Se habían producido los choques entre los partidarios de Cerchi y los de Donati; y aprovechando de esa contienda Bonifacio VIII, astuto, ambicioso, dominante, estaba decidido a ejercer una soberanía espiritual y temporal, reclamando la provincia de Toscana. Dante, patriota florentino y con altiveza de carácter, opúgnase a los propósitos del Papa. El 15 de junio de regreso de San Gimignano, había sido elegido Prior. Para mayor complicación en Florencia se produjo la asonada del 23 de Junio entre los dos grupos que habían resultado de la bisección de los güelfos en negros y blancos. La Señoría pudo supeditar el peligro y una de las medidas fue desterrar a algunos dirigentes, de uno y otro bando. Entre los desterrados estaba Calvacanti.

Habría que imaginarse si algún problema de conciencia conmovió entonces a la decisión de expulsión a la que Dante se sumara, contra su predilecto amigo. La razón de estado hubo de predominar. Dante actuaba escrupulosamente como funcionario, quien debía proceder "sine ire ira sine

amore", y anteponía así a los sentimientos personales en cuanto al amigo y al poeta admirado, las necesidades de orden público.

Concluido el priorato de Dante, vino otro período en su vida que cambia su curso.

Una posibilidad de acuerdo entre negros y blancos parecía disiparse. Ello era, sin embargo, lo que propiciaba Dante, dentro de la idea de unificación política; idea que fué germen de la concepción universal política que sustentara en *De Monarquía*.

Los acontecimientos tomaron un rumbo que hicieron comprometiva la posición personal de Dante. Bonifacio se vale de Carlos de Valois a fin de que intervenga como purificador de Toscana, para sus propósitos anexionistas, contando con la adhesión de la facción de Donatí. Es entonces que se nombra una embajada ante el Vaticano y entre sus miembros se cuenta a Dante. Se refiere a este respecto que presuntuosamente habría dicho: "Si yo voy quién queda, y si me quedo quien va? Bonifacio recibe a los embajadores, tratándoles de infundirles una especie de temor reverencial; les pide que se prosternen ante él; les asegura que sólo busca la paz de Florencia; les expresa que si le obedecen tendrán su bendición. Y en seguida les despide con excepción de Dante, a quien ordena que se quede en Roma, pudiendo presumirse que el Papa, psicólogo penetrante, debió estimar que era preferible para sus planes que Dante, por su inteligencia natural y por su briosa arrogancia, no actuase en Florencia. Bonifacio debía adivinar que un ángel soberbio anidaba en el alma de Dante. Este ya no regresaría más a su ciudad natal.

Mientras estaba ausente de Florencia se produjo el predominio rotundo de los güelfos negros. La política de mano dura implantada por Donatí alcanzó a Dante. El 27 de enero de 1403 se le pena con el destierro e inhabilitación para todo cargo público. De otro lado, hubo incautación de propiedades del condenado. Su esposa pudo empero salvar algunas cosas, entre ellas manuscritos. Dante estaba, en efecto, ya entonces casado con Gomma Donati. Poco se sabe de la vida doméstica. Como Don Quijote, Dante no quiso aludir mayormente a éste respecto. Don Quijote apenas hace referencia a la madre de la sobrina, que era hermana de aquél. Dante no hace más referencia en cuanto vínculos familiares, que la que aparece en la *Divina Comedia* sobre un antepasado remoto. Gomma Donati ha podido librarse de que su nombre haya sido olvidado, simplemente por haber estado casada con Dante; de todos modos, nada se sabe de ella; de tal manera que es una figura opaca e insignificante. No aparecen, de otro lado, en la obra de Dante noticias sobre sus cuatro hijos habidos en el matrimonio.

Empieza un largo período que abarca hasta 1321. Dante se ha convertido en un *Heimatlos*. Este hombre orgulloso ha de someterse a pleiteías forzosas, ha de subir y bajar escaleras, según su expresión, de acuerdo al humor de los eventuales señores que le dan hospedaje y le imparten órdenes y encargos. En el *Paraíso* hablará a través de Cacciaguida, en tono amargo, de su condición de apátrida. Se suceden sus peregrinaciones vicisitudinarias, de ciudad en ciudad, de hospedaje en hospedajes, más o menos con la benevolencia de los señores que quieren aceptarle.

Antes y mientras anduviera por las tierras de Toscana, intervino co-

mo promotor en las dos guerras llamadas de Mugello, pero ahora adheriéndose a los gibelinos contra los güelfos que dominaban en Florencia. La victoria de éstos acaba con la tentativa de Dante de participar en menesteres de esa índole, apartándose de los desterrados, para hacer su vida propia. Dante se concentra en sí mismo; es el gran solitario dentro de las cortes en que va a habitar, entre las gentes con quienes tiene que convivir, transigiendo con ellas. Es la época de sus intensas concentraciones mentales que le permiten hacer sus grandes obras.

Ciertas tramos de su vida no se conocen bien; dónde residió y qué hizo. En esos tiempos del exilio, sobre todo en los primeros, sufrió los apretones siempre duros de la pobreza. De esto hace alusiones en el Convivio: "Casi mendigando anduve", "he sido barco sin vela y sin gobierno, llevado a diversos puertos, hoces y playas por el viento seco que exhala la dolorosa pobreza"; en el Paraíso el tatarabuelo le hace la profecía: "probarás qué amargo es el pan ajeno y cuán duro camino el que conduce a subir y bajar las escaleras de otros". En esa época del destierro compone sus obras: De Vulgari Elocuentia y El Convivio, de 1304 a 1309; de Monarquía alrededor de 1312, y las tres partes de la Divina Comedia, presumiblemente el Infierno de 1304 a 1308, el Purgatorio de 1309 a 1313, y el Paraíso de 1314 a 1321.

Se produce la muerte de Bonifacio y su sucesor el probo Benedicto XI, envía a su legado Nicolás de Prato a Florencia, en misión conciliadora, obteniendo en parte éxito. Algunos exilados retornan. Entre ellos no está Dante. Pero la conciliación en definitiva fracasa y poco tiempo después muere Benedicto. Dante que pudo alentar la esperanza del regreso, vió desvanecerse aquélla. Ahora rompe toda adhesión filial; considerará como convicta de ingratitud a su tierra natal. Después, el fracaso de Orsino, sobrino del Papa Nicolás III, para incursionar en Florencia, que proseguía firmemente en poder de los güelfos negros, marcó el sino de Dante: no debería volver a Florencia. Y cuando se produjo la amnistía en 1311, no figuraba su nombre.

Sucesos importantes advienen de 1308 a 1312, en relación a Enrique de Luxemburgo y al Imperio Romano-Germánico. Enrique VIII es elegido emperador germano. Siguiendo el pathos que Carlo Magno se asignara en cuanto al *Heilige Deutsches Romanisches Reich*, con el apoyo del Papa Clemente se ciñe la corona de hierro en Milán y después en San Juan de Letrán. Quiere ejercer una autoridad unificadora en Italia, que por causa de sus divisiones internas era una expresión geográfica e histórica, pero no representaba una integración estadual. El espíritu fogoso de Dante se siente estremecido; un ideal patriótico le enfervoriza; ve en Enrique una especie de Mesías político para Italia. Dante, de ser superada la anarquía política, podría volver a Florencia.

Escribió entonces su famosa epístola en pro del intento del emperador, en la cual puso toda la fuerza de sus más profundas convicciones. Se siente como un tribuno y asume una prestancia de *magister mundi*. Dante, según algunos, había precisamente regresado de París, en cuya Universidad estaba estudiando. (Hay que anotar, empero, que se duda de esa du moranza en París).

Entusiasmado por la obra que Enrique debería realizar, Dante que se había proesternado hacia más o menos 10 años ante Bonifacio, máxima auto-

ridad eclesiástica, se prosterna ahora ante la autoridad imperial. Pero la empresa de Enrique se frustró; los hechos históricos no marcharon de acuerdo con las ideas y el querer de Dante. Ofreciéndose para Enrique misión providencial, no pudo realizarla; aquélla resultó muy ancha para su personalidad. La misión estaba fracasada cuando ocurrió el deceso de Enrique. Para Dante era el último de sus posibilidades de intervención activa en la política. Será el gran decepcionado; su amargura será lacerante. Y es que en Dante todo es dantesco, es decir, que sus impresiones vienen a tener una patética intensidad. ¿Qué le queda para resarcirse de esa profunda amargura, de esa agobiadora decepción? Tiene para resarcirse su propia conciencia de lo que intrínsecamente vale. Y así, con esa convicción, puede sentirse superior a decepciones, amarguras y pesares. Porque parece que el destino quisiera probar a los hombres con longanimidad de alma, para que, superando sus dificultades, retemplen su espíritu. Esto ocurrió en el caso de Dante.

Otros datos biográficos son de anotar. En 1315 se concede amnistía en Florencia. Dante no quiere ampararse en ella, pues considera indecorosas las condiciones impuestas, que importan en buena cuenta una admisión de *mea culpa*; rechaza categóricamente la posibilidad de una repatriación en tales circunstancias, pues ellas repugnan a su congénito orgullo.

Escribe entonces la célebre carta "Al amigo Florentino", que revela elocuentemente ese altivo rechazo. Habla de "la fama y honor de Dante"; refiriéndose, pues, a él como un sujeto que puede ser montado con un nombre que objetivamente tiene su propia significación. Y en tono de segura elación dice "¿Es esta entonces la clemente revocación con la que se quiere llamar a la patria a Dante Alighieri, después de las amarguras de un exilio de más de tres lustros?". De modo que si Dante ha de regresar a Florencia, habrá de ser sin desmedro de su personalidad y, más bien, para ser coronado en San Juan con la hoja de laurel, como expresara en algún escrito. Si va a haber reconciliación, que sea Florencia la que transija, más no él. Así se le impone su idiosincracia prometeica. Florencia responde a la altanería de Dante drásticamente, con la sentencia del 6 de noviembre de 1315, de decapitación.

Entre tanto Dante que se había establecido en Verona, se traslada a Ravena. Ahí vivió alrededor de un lustro. Murió después de un viaje que realizara como Embajador a Venecia.

Sus ojos se cerraron el 13 de setiembre de 1321. Se cerraron definitivamente esos ojos que se habían detenido en tantas lecturas, que habían observado tantos hechos de la naturaleza y de la vida, captándolos de sus intimidades más profundas; esos ojos por los cuales habían desfilado tantas ensoñaciones; que tanto, pues, habían visto de este mundo y también imaginariamente de otros mundos.

Y así se hizo el silencio, para usar una expresión de Hamlet. Se hizo el silencio en la vida de Dante, pero no podía hacerse el silencio sobre Dante. Quedaba su obra, acerca de la cual generaciones futuras tanto iban a hablar, cautivas del poder que encarna el genio.

## LA OBRA

La *Vita Nuova* es un libro de composiciones poéticas precedidas de palabras en prosa explicativas sobre las motivaciones de aquéllas. El amor hacia Beatriz es el punto de gravitación. ¿Se trataba de una fijación recordatoria de la mujer que fuese en realidad Beatriz Portinari? ¿O se trataba de una ideación, de una creación mítica que toma de Beatriz solamente el nombre? La verdad puede estar en el término medio. La imagen de Beatriz, desde que Dante la tuvo frente a sí, la primera vez o en alguna otra ocasión en que ella se le presentase *realiter*, debía quedar fuertemente impresa como sedimento sentimental en el poeta. Mas, el poder fabulador de éste la sublimiza y la idealiza, de tal modo que el ente real parece como si se convirtiese en un ente supositicio. De cualquier modo, la *Vita Nuova* es un conjunto de canciones amorosas de exquisita delizadeza, de ternísima dulzura afectiva. Es la referencia a un amor en que el amante sólo sabe que ha de dedicarlo a quien es la amada y que ha de ser amada, en tributación necesaria, como el río que debe correr para entregar todo su caudal a la mar.

La hiperestesia del lirida lo lleva a esa rica fluencia de sentimentalismo. Dada esa sensibilidad y la forma como es considerada la persona amada, se suceden las lágrimas y los suspiros; los desfallecimientos; las lamentaciones; los anhelos y nostalgias, o sea, un proyectarse al futuro y un retornar hacia el pasado, en relación a la mujer que inspira una devoción casi latréutica; las angustias y los éxtasis de un alma que pudo decir que sobre ella se había enseñoreado un dios, aludiendo al amor. Las vivencias lipemánicas vienen a ser como una necesidad; y pudo por eso decir el poeta aludiendo al dolor: "Mi alma lo ansía; ved cual soy del dolor albergue y clave".

Sin caer en dantonomías exageradas para sobreestimar méritos y excelencias, no se puede empero dejar de admirar cómo la devoción por un amor puro, pudibundo, anafrodítico, por decirlo así, romántico, llegara a brindarse con tal icástico candor y con tal poder de sincera emotividad, tesorizando tanta delicadeza y ternura, suscitando tal atracción por la propia ingenuidad que por doquier asoma. Hay en la *Vita Nuova* el encanto de la pureza de una ternura inefable para la áurea y angelical Beatriz, que suge y pasa como una bondad de Dios sobre la tierra, como dijo Carducci.

El sentimiento del amor que inspira todo el poemario se presenta, pues, con la inocencia y el asombro genuinos de una revelación. Bien lleva el nombre con que se conoce al libro, "*Vita Nuova*", ya que como lo recordara su generador, *nomina sum consequentia rerum*, según la enseñanza del Aquinatense.



El *Convivio* es de índole filosófica. Dante proyectaba escribir una obra que comprendería quince tratados, habiendo escrito sólo cuatro. El libro tiene la particularidad de que fuera del primer tratado, en los otros hay como un proemio constituido por una composición poética, viniendo después los comentarios en prosa. Los versos son un tanto sibilinos, pues adrede se utiliza en ellos un sentido simbólico, alegórico, ya que como se dice en la tercera canción: "Cerrado hánme el camino del habla usual". El

autor tomó con cariño la empresa a realizar, aunque no la concluyese. Se entregó con su habitual pasión al estudio de la filosofía y a formular una serie de apreciaciones de carácter metafísico y ético. Es realmente impresionante las palabras que utilizó para revelar la devoción que puso en el trabajo: "Amor que en la mente habla". Con esta frase comienza la canción segunda. Este amor es el que se tiene a las cosas perfectas y honestas; sin amor por ellas no puede uno dedicarse a la filosofía. Hay filosofía cuando el alma y la sabiduría se han hecho amigas. Para filosofar es menester amor. Amor es forma de filosofía. He aquí algunas expresiones que resaltan en El Convivio.

Este libro es diferente al de la *Vita Nuova*, como que son distintos el objetivo y el contenido. A la *Vita Nuova* correspondió la palabra tenue, frágil, dentro de una especie de mágica ensoñación, en la cual se difunde el mito intimista del corazón de Dante, constituido por su Beatriz, mientras que *El Convivio* requiere la palabra seria, templada y profunda, con "elevado estilo", como su autor dice; agregando en la canción tercera: "Depondré el suave estilo que en el tratado de amor he usado".

*El Convivio* es un ensayo de Filosofía Moral y de especulaciones metafísicas. Aunque un tanto asistemático y a veces un poco alambicado, con algunas ideas que hoy están supeditadas en cuanto a rigor científico, como es el caso de digresiones astronómicas, a las que era tan adicto Dante, la obra no deja actualmente de seguir teniendo interés y su lectura es siempre ilustrativa. Conceptista agudo, el autor a base de las canciones que preceden a los tratados segundo, tercero y cuarto, se vale de ellas como hipótesis de trabajo para hacer sus sutiles disertaciones, sus lucubraciones, por los campos fértiles de las disciplinas filosóficas. A veces nos parece estar leyendo a Gracián, aunque el símil es muy relativo. Ingenioso y fluente y, sobre todo, con un contenido sin duda valioso, el libro pese a ciertos defectos que denota, es intrínsecamente meritorio.

El puede, por lo demás, ser considerado como una manifestación de catarsis en la vida de su autor. Pobre; sufriendo destierro injustificado del cual podría, por el mismo, quejarse, a semejanza de su admirado Boecio; decepcionado políticamente; con su Beatriz ya fallecida; incomprendido en general, pese a que él, narcicista después de todo, era conciente de lo que valía: así, en tal situación podría entregarse al estudio de las Ciencias, especialmente de la Filosofía, y dedicarse a escribir el libro, que conforme al propósito del autor debía tener mayores y considerables proporciones. A base de tal esfuerzo y con tal confianza pudo decir que "obra muy grande y elevada es la que tenemos entre manos y pocas veces intentada".



"De vulgari Eloquentia" representó un interés circunstancial dentro de la época en que fué elaborada. Dante siempre estuvo imbuído de ideas de generalización. Las cosas las veía en grande, a virtud de la propia grandiosidad de su mente. Dante se atormentaba frente a una Italia dividida políticamente. Profundamente patriota, pensaba y pugnaba por la unidad política de que aquélla carecía. Un elemento revelante diagnósticamente de la situación de divisionismo, era la diversidad de dialectos que

se hablaban en la península. El latín era sólo para gentes doctas. "De Vulgari Eloquentia" sostiene la necesidad de llegar a un idioma común italiano, que superase las hablas dialectales y que así sería un vínculo viviente de unidad nacional.

El libro que, por lo demás, quedó inconcluso, encarnó un apasionado deseo para que se crease un lenguaje nacional capaz de representar, como decía, esa "luz nueva", ese "sol nuevo", a que aludía como a algo que iluminase el alma patria, en la reafirmación de su intrínseca constitución unitaria o integracionista.

Después de tratar sobre el origen del lenguaje, don concedido por Dios desde la aparición adánica, así como sobre la confusión babélica, se detiene a estudiar los idiomas neo-latinos, haciendo gala de conocimientos filológicos. En seguida entra en la consideración de los dialectos italianos, contra los que denuesta; decidiéndose por lo que llama el "vulgar illustre", del cual hablaba como dice Gallarati Scotti, como de una revelación interior, como de un gran descubrimiento, y lo era, por el cual no sólo podía expresar por él un nuevo mundo poético que se agitaba en su interior, sino que también daría por primera vez a los italianos un vínculo ideal de su unidad.



"De Monarquía", fué una obra basada en una consideración general de la filosofía política.

Tres ideas fundamentales sustentan la obra, dentro de las tres partes que la integran. En primer lugar, idea sobre la necesidad de la monarquía, entendiéndose por tal un gobierno monócrata para todo el orbe. En segundo lugar, la idea de que al pueblo romano le estaba destinado la regencia al respecto. En tercer lugar, la idea de que la función social correspondiente a la monarquía o imperio depende inmediatamente de Dios; lo que significa que no es dependiente del Papado. Dante es movido por un *animus* como de una cruzada en pro de la paz universal, que garantice la justicia y la libertad; lo que le lleva a propiciar ardorosamente el gobierno único, es decir, de un solo monarca que sería un *arbiter*. Se trata de la formulación de un principio regulativo; no en cuanto a la designación de ese emperador ecuménico y con que medios impondría su autoridad. La necesidad de la instauración de la monarquía universal se basa en que todos los individuos forman un género, el género humano, y éste se halla ordenado a un fin (demostrándose aquí el pensamiento teleológico que inspira a Dante), enderezado a la perfección del ser del hombre. Y por ello es necesario que una persona mande, para concordia dentro de las relaciones sociales. Dante había presenciado y sufrido los estragos de las luchas partidistas, las contiendas de campanario, los choques entre güelfos y gibelinos; veía a Italia fraccionada en múltiples secciones dominadas por sus régulos individualistas, y enemigo de la anarquía, pensaba en una organización que fuese garantía de unidad social fundamental, de paz (de esa paz respecto a la cual ya nos viene la impetración evangélica de "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad"), y de justicia, para atribuir a cada uno lo suyo (según la cita tomada del Digesto).

to) y de libertad, pues ésta tiene el significado de consistir en ser por sí y no por otro, inspirándose en este punto en el Estagirita.

La idea de una monarquía universal no puede ser juzgada sino como un principio ideal de comportamiento. Los litigios y disputas entre pueblos y gentes quedan superados, porque hay una autoridad suprema, más que todo de significación moral, aunque políticamente debe estarle reconocida su autoridad. Hay así la posibilidad de una verdadera **pax universalis**. Ello es un nobilísimo ideal, que apodícticamente ha de defenderse. Sólo que frente a la realidad de los hechos cabe siempre preguntarse, suspicazmente, acerca de qué seguridad pueda haber en que el hombre (después de todo una débil criatura, como toda persona humana) investido con el respectivo cargo, esté libre de apetitos y de torcidas intenciones, de prejuicios y de falibilidad de entendimiento. Se necesitaría un sentido de responsabilidad exquisito, que inspirase toda la existencia del Emperador, por el hecho de serlo de todo el orbe; que tal existencia fuese la encarnación misma de la **areté**, en cuanto al ejercicio de la trascendental función que le correspondiera.

La segunda parte del libro es un esfuerzo para defender un punto de vista en que Dante aparece paralogizado. Con la habitual vehemencia con que defendía sus ideas, no se arreda sobre el particular. Trae a colación antecedentes históricos, sometiéndolos a su idea preconcebida, y hasta recurre a argumentos religiosos. Los datos históricos que consagraron el predominio de Roma y la implantación consecutaria de la **Pax Romana**, son **facta concludentia**. O sea, que apela al juicio de la historia; y nos parece que hay aquí como una especie de anticipación de cierta concepción hegeliana. Lo erróneo de la ponencia estriba en pretender que la historia se repite. La historia, en verdad, no se repite, porque es un curso de eventos que pasan como las corrientes de los ríos, que como ocurre en éstos, no pueden remontar a sus hontanares.

Pero, de otro lado, es de destacar el sentimiento de exaltado nacionalismo, de ardiente patriotismo como italiano, que alienta a Alighieri.

La tercera parte del libro ofrecía, sobre todo, interés circunstancial en atención a la época en que fué escrita. La delicada cuestión de entonces sobre la recíproca situación de los dos gobiernos, el temporal y el eclesiástico, fué una que fatigó mucho a la preocupación medieval, sobre todo durante el tramo feudal y el de la baja Edad Media. Las dos posiciones extremas eran: o predominio del gobierno de Pedro sobre el de César, o viceversa, del segundo sobre el primero. Recordemos el incidente de Canosa, que puede ser mirado como sintomático de lo primero, y el de Agnani, que puede serlo de lo segundo. La posición de Dante es, más bien, ecléctica. Los dos poderes son independientes. El autor presenta una serie de refutaciones a los argumentos para subordinar en sus orígenes y caracteres el poder temporal frente al espiritual.

Estos argumentos, sobre todo, habían sido formulados enérgicamente por Bonifacio en la **Unam Sanctam**. Dante, de un temperamento tan enérgico como Bonifacio, se opone categóricamente con idéntica fuerza de convicción, a tal punto de vista. Los dos poderes, el de la silla gestatoria y el del trono, tienen cada uno, origen divino, de acuerdo a una inspiración providencialista muy socorrida en la Edad Media y a la que se adhirió el es-

píritu sinceramente creyente de Dante. Ambas potestades aunque ninguna se originó de la otra, son necesarias para tuición de la felicidad terrena y de la felicidad ultraterrena que deben corresponder al hombre. Mas, a la larga, si es cierto que ambos poderes son independientes, en Dante acaba por imponerse el sentimiento religioso, haciendo una concesión dentro de la estimación ambivalente por él adoptada. La felicidad inmortal de ultratumba es predominante frente a la felicidad mortal, es decir, terrenal; por lo cual concluye que: "César debe usar con respecto a Pedro la misma reverencia que el hijo primogénito debe usar con su padre".

La valía fundamental en *De Monarquía* reside en que, por encima de atingencias circunstanciales, miradas sobre todo dentro de una inferencia temporal, responde, como dice del Vecchio, o un postulado de paz universal, a base de la unidad del espíritu, que tuvo en Dante un sublime apóstol; siendo esta una idea eterna.



En el *Cancionero* son recogidas poesías de Dante que no se incluyen en la *Vita Nuova*. Reunidas sin un orden previamente determinado y dependiendo de géneros y épocas diferentes, rehuyen a un enjuiciamiento de conjunto, pero no dejan de difundir, como tenía que ser, destellos del estro de su autor, además de destacar aspectos de su alma complicada. A veces, algunas de las composiciones aparecen un tanto artificiosas; pero en otras hay delicada belleza, una prestancia artística, que hacen que gusten verdaderamente.

Así ocurre, por ejemplo, con aquella que comienza "Por una gardenia que ví". Repárese en un verso tan sugerente como este: "Cada estrella vierte en mis ojos su luz y su virtud".



En referencia a las *Rimas* petrosas, hay que anotar que su nombre es misterioso. El amor por quien vino a ser llamada Petra, las inspira. Las pasiones dantescas surgen en toda su fuerza, por el amor a esta mujer, el cual está lejos de uno como en el caso de Beatriz, puesto que se halla sujeto a las proclividades de la libido. Es como la demitización del ideal de Beatriz. Poesía erotómana, sobre todo si la compara con la casta y meliflua de la *Vita Nuova*, y que denota el agitarse de un alma a la que invade y domina el poder el amor sensual como un bosque al que abrasara un incendio.



Para no omitir ninguna mención a la obra de Dante, cabe hacer la referente a las *Epístolas*. Escritas en diferentes circunstancias y con variados motivos, no cabe hacer, cuando menos ahora, un comentario de conjunto y sinóptico. Han quedado trece cartas, de las cuales tres aunque escritas por Dante, aparecen bajo nombre de otras personas como sus autores, y una carta está a nombre del Consejo del partido Güelfo Blanco. La

crítica en general, después de algunas hesitaciones, ha acabado por admitir la paternidad de Dante en cuanto a esas cartas. Las Epístolas en general sirven para aclarar algunos puntos conectados a la biografía de Alighieri y para poner de manifiesto sus ideas políticas, así como otras en asuntos de interés social, y para demostrar la vigorosa personalidad de su autor.



Por último, cabe hacer el recuerdo de las Eglogas y de la *questio de aqua et terra*. En las primeras explica el por qué escribió la Comedia en idioma vulgar ilustre, viniendo así a ser realizador de la idea que preconizara en *El Convivio*. En la segunda sostuvo un punto de vista en relación a los dos términos mencionados en el opúsculo.



La Divina Comedia, la obra magna de Dante Alighieri y una de las más excelsas creaciones de la mente humana, es la que sobre todo le ha dado fama universal y gloria permanente. Llamada simplemente Comedia, la posteridad le asignó el enaltecedor epíteto de Divina.

Ahora bien, ¿cómo referirse a esta obra cuando se sabe que es de tan portentosas dimensiones, desde todo punto de vista, por lo que uno se queda ante ella estupefacto? Podría repetirse el verso de Cervantes: "Vive Dios, que me espanta esta grandeza".

Dante con la Divina Comedia busca otros panoramas. No le bastaron los de este mundo, el mundo que se llama de lo visible, sino que quería ver el mundo de lo invisible, penetrar en el trasmundo, salir del más acá e incursionar en el más allá, escapar de lo finito de esta vida y pasar al limen de lo transfinito. Para él con más razón que acerca de Cervantes, podría utilizarse el verso de Vallejo: "Mi reino es de este mundo, pero también del otro".

Múltiples horizontes y múltiples tiempos, pasados y aún futuros, (porque el vate, vaticinando por ende, formula profecías), vienen a caer dentro de su inferencia. Maneja, así, siglos como escenarios prodigiosos de todas clases; se encuentra con seres extraterrenales, mejor dicho extrahumanos, ángeles y demonios, e impávido prosigue en su viaje extraordinario. Como dice de Sanctis, lo maravilloso aparece por sí mismo, sin necesidad que lo busquemos.

Un descenso al infierno ya tenía antecedentes en relación a semidioses y héroes, que lo hicieran, como Hércules, Orfeo, Teseo, Ulises, Eneas, y, de otro lado, cabe tener presente el caso de Owen o de Swerderberg, sin olvidar lo concerniente en este punto a la descripción del infierno que aparece en el *Paraíso Perdido* de Milton. Una visión sobre el Purgatorio también tenía algunos antecedentes: recuérdese la leyenda de San Patricio. Pero en la Divina Comedia las versiones resultan de tal grado y de tal índole, que parecerían patentizar el hecho mismo inaudito de ese viaje fabuloso. El ascenso al cielo es algo propiamente sin antecedentes. Los seres olímpicos a veces descendían a la tierra, pero a los mortales no les estaba permitido ascender al Cielo. Por eso la pretensión de Icaro se vió malogra-

da, cuando al querer acercarse al sol se quemaron sus alas. En el Paraíso Perdido de Milton no es un hombre, sino Satanás el que engañando al ángel Uriel, penetra en el cielo. En la Divina Comedia un hombre, Dante, se atribuye el privilegio de visitar el Paraíso y de llegar a presencia de Dios mismo.

Guiado por Virgilio en el Infierno y en el Purgatorio, y por Beatriz en el Paraíso, la razón y la teología, asciende hasta el Empireo. El poeta pudo decir: "el agua por donde sigo no fué jamás recorrida".

La osadía de haber llevado a cabo una obra tal como La Comedia llena, pues, de asombro. Como ha dicho Giovanni Papini, ningún otro poeta antes ni después de él se cimentó en empresa tan alta y tan vasta.

Y a través del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso, es Dante testigo de visu de lo que ocurre en aquellas tres regiones extraterrestres, y viene a dar testimonio, sobre todo, de la inmortalidad del alma, de la existencia de una eternidad por encima de la precaridad de la vida de este mundo, así como del juicio sobre el bien y el mal y de la aplicación de los premios y castigos correspondientes. Y a base de estas consideraciones escatológicas, propónense instruir al hombre acerca de sus normas de conducta. El Nuevo Testamento trae indicaciones sobre la inmortalidad del alma. Es la no resignación frente a un acabarse definitivo del ente humano, la que hace que éste, hablando en términos generales, crea en una trascendencia *post-mortem* frente a nuestro efímero tránsito mundanal. Como ha escrito Norman Luyton: "Así la muerte física corporal viene a ser, por ende, una victoria sobre la muerte misma, pues con aquélla comienza una vida nueva perdurable". De ahí que San Pablo exclamase: Oh muerte, dónde está tu victoria?

Para Dante los muertos no lo son, con prescindencia de su desaparición como seres terrestres. Los muertos, pues, están viviendo en las tres regiones de ultratumba, donde reciben los juzgamientos que les corresponden, de acuerdo a cómo se comportaron en la vida terrena. Y Dante se erige en una especie de *judex humanitatis*, y como un profeta bíblico lanza sus imprecaciones y sus exhortaciones por boca de sí mismo o de sus interlocutores.

Dante utiliza el excepcional presupuesto de la vida ultraterrestre para pronunciar sus juzgamientos, según su propio criterio. Pero juzgar es en cierto modo prejulgar; y de ahí que se observe cómo algunas apreciaciones resulten exageradas e inapropiadas. Sus ideas políticas y religiosas, desde luego, así como sus experiencias personales, no dejan de tener influencia. Pero claro está que en general el sano sentido ético rige, considerando tipológicamente los casos de delitos y pecados, de una parte, y de virtudes, de la otra, por lo que, genéricamente hablando, discierne una cierta justicia distributiva. A veces este sentimiento de justicia es tal, que no se quiebra ante poderosas motivaciones circunstanciales. No reparó en poner en el Infierno a Guido Calvacanti y a Brunetto Latini. Aunque se trasluzca una íntima simpatía por Francisca de Rimini, resulta precita. Su ortodoxia religiosa no lo consiente otra salida que la de confinar en el limbo anodino a los más grandes hombres de la humanidad clásica que vivieron antes de Jesucristo y no pudieron por ello recibir el bautismo, y a su admirado Virgilio no le permite que penetre en el Paraíso.

Y así se va desarrollando la obra, es decir, el viaje. Es como un delirio propiamente onírico con una cuantiosa sucesión de escenas y personajes, con el ingente caudal de las observaciones, los conocimientos científicos, las ideas, las sugerencias, las lucubraciones, las imágenes, las metáforas, los recursos alegóricos, los simbólicos, los anagógicos, las metomimias (en que es eximio maestro el poeta). Qué mirada la suya! Nada parece haber escapado a su captación amplia, profunda y cabal. Todo el saber de la época era de su pertenencia. Como él mismo dijera, se hallaba poseído por "la sed natural que no se sacia nunca", aludiendo a la sed del saber.

Lo extraordinariamente admirable de la Divina Comedia, está en la imponente exaltación que hace de los valores representados por lo bueno, lo santo, lo justo, lo bello. Lo primero, y de ahí el carácter ético que dimana de toda la obra. Lo segundo, y de ahí su profundo sentido religioso. Lo tercero, y de ahí que ella sea como un tribunal para un juicio final. Lo cuarto, pues el libro se exhibe como una de las más felices forjaciones catológicas.

La obra de Dante, la Divina Comedia, es pues dantesca. La posteridad ha utilizado esta palabra para aludir algo que es calificable como grandioso y sublime. Se ha incorporado al lenguaje este término, dantesco; y aquí cabe hacer el parangón con lo ocurrido respecto a Homero y la incorporación del término "homérico".

Hay que pensar qué fuerza, qué poder, qué capacidad, no sólo intelectual y artística, sino de energía anímica en general, pudo tener el autor para emprender y realizar una hazaña como la que fué el escribir La Divina Comedia. Y así, por ejemplo, para cualquier lector resulta que ha de experimentar vivencias casi paroxismales cuando se detiene en algunas páginas del libro, a tal punto que la lectura casi le pareciera como irresistible; verbigracia, cuando lee el testamento del Conde Ugolino. Parece como si la sangre se helara y el corazón se paralizase y como si una sierpe de pavor se enroscase dentro del remaje interno de nuestros nervios. Pero el vate era una alma suficientemente fuerte, para imponerse la propia impresión tremenda que a sí mismo se asignara.

En sin duda por el amor al hombre, anejo al amor por Dios, que Dante concibe y forja la Divina Comedia. Es esta una obra doctrinal, como lo recuerda Carducci. Quiere exhortar al hombre para prevenirle a fin de que se aparte del mal, e infundirle la esperanza de la recompensa por el ejercicio del bien. De ahí el sentido parenético que muestra la obra. El amor, como anota Casella, es el principio dinámico que informa la Divina Comedia; es el amor humano como participación finita frente del amor que Dios siente por sí mismo en virtud de su propia perfección.

Y así es el amor el sentimiento que en último término, como fuerza humana y divina, vive en el impulso creador de Dante, quien de tal modo a través de su obra rinde como un homenaje a ese amor que alienta todo lo anímico y todo lo cósmico. Por eso pudo decir: "Yo soy uno que voy anotando lo que amor inspira y luego lo expreso tal como él me dicta dentro del alma". Y pudo acabar su obra, hablando "del amor que mueve a Dios y a las demás estrellas".

Con motivo del séptimo centenario del nacimiento de Dante Alighieri se le ha rendido homenaje universal. Y en esta circunstancia, podría yo advertir que hablar dentro de este artículo, sobre Dante, es no poder decir nada. ¿Qué puede en efecto, aportar una voz asaz tímida e insignificante dentro del coro de tantas voces seguras y significantes que se han alzado en recordación y alabanza del gran hombre?

No obstante, por más humilde que sea una voz de elogio, como en el presente caso, ella se explica, si proviene de la admiración que despierta el genio.

El artista genial es como un pequeño Dios que se complace en una especie de recreación del mundo. El puede develar los más íntimos y recónditos secretos de la naturaleza y del alma, presentándolos con la genuina fruición de todo hallazgo y toda producción originales. Para el artista no es cierto que nada hay que sea nuevo bajo el sol, tal como decía el escéptico versículo del Eclesiastés. Más bien, sería de expresar con Casirier, que aquí se puede repetir con Heráclito, que "el sol le es nuevo cada día". Es que él tiene ese singular *saper vedere* de que hablase Leonardo da Vinci.

En el caso de Dante la humanidad le es legataria de un cuantioso don intelectual y artístico que sigue pródigo ofreciendo diuturnamente sus lucencias lutas. Lo que en la Divina Comedia de Virgilio dijese Dante se puede decir de éste mismo: "Oh alma, cuya fama dura aún en el mundo y durará mientras su movimiento se prolongue". Dante, por eso, nos da la impresión de eternidad. El, que de tal modo se preocupó y creyó en la transcendencia, es transcendente secularmente a través de su obra.